

—En cuanto a Leopoldo, haré lo posible por encontrarlo antes de que se dirija a la casa en que celebran su junta.

—Pero ¿está usted seguro de que es uno de los conspiradores?

—A no dudar.

—¡Oh! Es preciso ocultárselo a Clotilde.

Duval, al pasar por el corredor acompañado de Landeta hasta la puerta, saludó a las señoras y desapareció.

Don Emilio, preocupado con lo que acababa de oír, se acercó con aire distraído a Clotilde, le dió el brazo y, ayudado de Inés, que sostenía el otro de la joven, bajaron la escalera y se dirigieron al coche.

El negrito lacayo, al verlos cerca, abrió la portezuela con una mano, mientras con la otra se quitó el sombrero hasta que entraran.

Clotilde, ayudada de Landeta, subió al carruaje con alguna dificultad; en seguida subió Inés y tras ella don Emilio.

El negrito cerró de golpe la portezuela; recibió, siempre descubierto, algunas instrucciones, que comunicó al cochero; se colocó luego detrás de la carroza; el auriga templó las riendas, dió con el látigo a los briosos caballos, y poco después el carruaje rodaba con extraordinaria rapidez por el ancho pavimento de las hermosas calles que están en dirección de la Villa de Guadalupe.

## CAPITULO VII

### Sigue el Santuario de Guadalupe

En los momentos mismos en que el carruaje de Landeta marchaba con admirable velocidad hacia el hermoso Santuario de Guadalupe, que se levanta a una legua de la capital, los habitantes todos de México se dirigen al mismo punto, dejando desierta la ciudad.

Millares de carruajes de todas formas y categorías, amenazando atropellar a los pedestres transeuntes, se lanzaban fuera de la bulliciosa ciudad.

Las dos calzadas que conducen de México al magnífico Santuario, se veían cubiertas de un gentío inmenso. Allí, buscando la sombra de los árboles y respirando una atmósfera de polvo que levantan los caballos, marchan multitud de personas a pie y formando distintos grupos, rezando en todo el camino. Las señoras mayores son las

que hacen cabeza en el rezo, que dura hasta llegar al templo, interrumpiéndolo con frecuencia con la pregunta: «¿A quién miras, niña?», dirigida a algunas de sus hijas, al verla de vez en cuando y con disimulo, fijar los ojos en un joven que en otro grupo va también rezando al lado de su anciano padre, y sin apartar la vista de la consabida niña. Allí, otras personas del bajo pueblo, más devotas del dios Baco que de la oración dominical, acuden a cada instante al irresistible reclamo de los vendedores de pulque, los cuales, colocados en varios puntos del camino, gritan con ronca y destemplada voz: «Onde va la «chica»; pase, amito, cuántas lecho; dónde va l'otra.»

Otros caminan de rodillas desde México al Santuario, para cumplir con alguna promesa hecha a la Virgen en alguna aflicción o grave enfermedad, y al verlos marchar sobre las cortantes piedrecitas, la gente, que, generalmente es religiosa y compasiva, se quita bien el rebozo o bien la frazada y la extiende en el suelo para que pasen por encima los penitentes, que, sin despegar los labios, continúan marchando de rodillas hasta entrar al mismo templo.

Entre tanto, el coche que conducía a don Emilio, Inés y Clotilde, caminaba rápidamente, dejando a retaguardia otros cien y cien carruajes de alquiler que caminaban con la pausa que los negocios de palacio.

Los carros y carretones cubiertos con frazadas que hacían las veces de toldo, iban llenos de alegre gente del bajo pueblo, que, al són de la animada «jaranita» (bandurria), entonaban las graciosas sonatas populares.

Multitud de jinetes de ambos sexos, vestidos con el airoso traje que en el país se usa para montar a caballo, cruzan en todas direcciones el camino sobre briosos corceles.

Los grupos de devotos prosiguen su jornada rezando fervorosamente.

Los pulqueros continúan pregonando el blanco licor extraído del vistoso maguey.

Los mendigos, sentados bajo los árboles que orillan la calzada, imploran con plañidero acento la caridad de los transeuntes.

Don Emilio, preocupado con la idea del peligro que corría Leopoldo, cuya vida le interesaba para no complicar los males de su protegida, marcha en silencio, reclinado en la testera del coche, meditando en lo que sería conveniente hacer en aquellas afflictivas circunstancias.

Desde que el contenido del cuaderno le aseguró de la

inocencia de su antiguo amigo, de la honradez del padre de Leopoldo, se había operado en su alma un cambio completo.

A la repugnancia y al despego sucedió la admiración y el respeto.

Le había creído un malvado y le veía desprendiéndose de toda su fortuna para no perjudicar en sus intereses al mismo que lo acusaba.

Le había creído un usurpador de sus bienes para dejar rica a su familia, y le veía morir en la pobreza, no dejando a Leopoldo por herencia más que una brillante educación, una moral intachable y las lágrimas de la anciana mujer que le diera la vida.

Cierto es que Duval le aseguraba que aquel manuscrito no era más que una superchería inventada por los interesados en unir a Leopoldo con Clotilde; pero además de que esto no pasaba de una suposición, el estilo llano y sencillo en que estaba redactado el escrito, y, sobre todo, los sentimientos de su generoso corazón, dispuesto siempre a la indulgencia, abogaban poderosamente por la honra del acusado y argüían inocencia.

Si ésta al fin, quedaba resplandeciente, don Emilio juzgaba como un deber sagrado, imprescindible, volver al hijo de su amigo el capital de que su honrado padre se despojó por un rasgo de delicadeza. Además, había prometido a su hermana en el jardín, en caso de quedar incólume el honor de su antiguo amigo, unir a Leopoldo con la hermosa joven; y en tanto que el asunto del manuscrito se ventilaba, se creía en el justo deber de dispensarle toda consideración.

Convencido como estaba de que la salud y la vida de Clotilde dependían del hombre que idolatraba con todas sus potencias, anhelaba verle digno de su mano para que se efectuara, lo más pronto posible, el deseado enlace.

Por eso ahora, al saber que conspira, que le amenaza el peligro de caer en manos de la policía, y que puede ser juzgado como enemigo del gobierno, se inquieta y se asusta, y marcha sumergido en un mar de reflexiones.

Interesado por la suerte de Clotilde, a quien ve padecer con una resignación evangélica, no aparta los ojos de ella, envolviéndola con una mirada de dulce compasión y de paternal interés.

Inés, como si hubiera hecho completa abstracción de los goces del mundo, marchaba con los brazos cruzados y la

cabeza sobre el pecho, sumergida también, al parecer, en profundas reflexiones.

Clotilde, sentada al lado de su querida amiga, iba ocupada en recorrer las breves páginas de un libro de oraciones a la Virgen, con la cabeza graciosamente inclinada, medio cubierto el rostro con el finísimo velo de la mantilla, y puesto el dedo índice de la mano derecha sobre su cándida mejilla, como el numen de la Honestidad que va indicando que no tiene nada de qué avergonzarse.

El polvo y el gentío eran cada vez mayores.

De repente hizo alto el coche en el sitio destinado a los carruajes, y los tres personajes desmontaron.

Pero dejémosles que se dirijan al templo, que es el primero y principal negocio que desempeña toda persona que concurre a esta fiesta, y contemplemos el animado cuadro que descubre a la vista del europeo aquel conjunto de tipos y trajes heterogéneos, que tanto llaman la atención del filósofo y del viajero observador.

Mirad esa inmensa plaza llena de gente de todas clases, edades y sexos, que apenas deja libre el paso para poder llegar a la iglesia; ved por todas partes las más exquisitas frutas de todos los climas y zonas; la sabrosa chirimoya, la delicada anona, el encarnado mamey, el rico plátano, el suave zapote, la fragante guayaba, el amarillo y exquisito mango, la dulce naranja, la caña de azúcar, la lima, el coco y otras mil que sería prolijo enumerar. La mayor parte de las vendedoras son indias que han venido de distintos pueblos, cargando ellas mismas sus efectos en voluminosos huacales. Vedlas debajo de los sombreros que, formando calles, se extienden por la espaciosa plaza. Ahí las tenéis tales cuales eran en el tiempo de la conquista; sin variación alguna en sus facciones y modales, pues aun se conserva pura esta raza, sin que se haya cruzado con la europea. Ahí las tenéis, repito, hablando entre ellas el mismo idioma que hablaban antes de que Hernán Cortés pisara su suelo, y un mal castellano (lengua que se habla en todo el país) cuando la gente se acerca a comprarlas sus efectos. Su tez es bronceada, chata la nariz, los ojos grandes, negros y hermosos y con largas pestañas; blanquísimos los dientes; grueso, lacio y negro como el azabache el pelo que llevan en trenzas entrelazadas con cordones de lana encarnada; robusto el cuerpo y elevado el pecho. El traje lo forma una tela ordinaria de lana azul listada, ceñida al cuerpo, que constituye sus enaguas, sostenida por un ancho ceñidor de algodón de encendidos colores, y una

tela de lana listada de colores, a que dan el nombre de «quitquémel», y que, metiendo la cabeza por una abertura practicada en medio, cae sobre el pecho y la espalda. En cuanto al calzado, generalmente no lo usan.

No se puede ver este crecido número de indios de ambos sexos hablando el idioma azteca y pregonando en mal castellano sus efectos, sin sentirse transportado por la imaginación a aquel gran mercado de la grandiosa plaza de Tlaltelolco, que describe Hernán Cortés, y a la cual concurrían diariamente treinta mil personas. ¡Qué misterioso atractivo encierran ese conjunto de individuos que presentan la fisonomía primitiva de un gran pueblo que dejó de existir como nación, y cuyos restos sobreviven en la ruina de sus monumentos y de sus grandes hombres!

Pero examinemos el exterior de la magnífica iglesia en que se venera la excelsa imagen de Nuestra Señora.

Situado el Santuario al pie del cerro y en la espaciosa plaza que está a pocos pasos de la puerta que da entrada a la población, parece una madre cariñosa que se adelanta a recibir a sus amados hijos. La fachada principal, que está cubierta de relieves, hechos sobre piedra sillar, pertenecen al estilo «churrigueresco».

Sin embargo, a pesar de que allí se ven reunidos todos los géneros arquitectónicos, defecto de que adolecen la mayor parte de los edificios de fines del siglo XVII y principios del XVIII, pertenecientes a la escuela de Churriguera, el conjunto es grandioso y agradable. El atrio, que ancho y cómodo, está perfectamente enlosado, y resguardado por una alta balaustrada de hierro, que descansa sobre un zócalo de piedra sillar; las puertas del templo son altas, anchas y de exquisita madera, perfectamente labrada; sólidas las torres y de bastante gusto el cimborrio.

—Pero, ¿quiénes son esos dos hombres que tratan de atravesar aprisa por medio del gentío, abriéndose paso con los codos?

—¿No los descubres aún?—dijo uno de ellos.

—No, señor; tenemos tanta gente delante, que los he perdido de vista.

—¡Reniego de mi fortuna! Ven por aquí—exclamó el que parecía amo, logrando abrir camino por entre las olas de gente que cruzaba en todas direcciones.

—Allí los veo—dijo el criado, dirigiendo la vista por el claro que habían dejado por un momento dos grupos que, al chocarse, se abrieron uno y otro lado.

—¿Dónde?

—Acaban de entrar en la iglesia; pero no he visto al joven que usted me indicaba.

—Iba delante de ellos, y habrá entrado antes.

—Seguramente, señor Willey.

—Entonces, no hay cuidado; allí lo encontraremos.

—Ya estamos cerca.

—Tú, Julián, como te he dicho, vigila sobre él en cuanto te lo dé a conocer...

—Pierda usted cuidado, señor doctor.

Pocos instantes después, los dos entraban en el Santuario.

La iglesia estaba suntuosamente adornada.

Multitud de elegantes lámparas de plata cubiertas de velas de blanca cera, colgaban de su alta bóveda.

Sobre el altar, que es de plata, se veían ricos candelabros y blandones del mismo metal.

Mil gallardetes de variados colores, sosteniendo doradas jaulas con canoras aves de brillante plumaje, descendían del lujoso techo.

La larga y magnífica crujía de plata que se extiende desde el coro de los canónigos hasta el altar mayor, brillaba con las mil y mil velas que por todas partes derramaban su luz, como las limpias aguas de un lago al elevarse el sol al zenit.

Las dulces armonías del órgano sonoro se derramaban en aquel instante por todos los ámbitos del templo.

Las oraciones de millares de personas puestas de hinojos ante la Madre del Salvador, se elevaban al cielo mezcladas entre el rezo del sacerdote y las dulces nubes del blando incienso que perfumaban aquella cristiana atmósfera.

Julián tomó agua bendita y se santiguó con religioso respeto.

Willey, al verlo, se sonrió desdeñosamente, y se dirigió, seguido del primero, hacia un lado de la iglesia, fijando la vista en todas las personas.

De repente se detuvo.

Julián hizo lo mismo.

—Allí están—dijo el primero.

—Sí; ya los he visto.

Y ambos se quedaron observando a don Emilio, Inés y Clotilde, pues no eran otras las personas de quienes poco antes habían hablado.

—¿Y no descubre usted al joven que venía delante de ellos, y que es el que nos interesa?—preguntó Julián,

—No; pero no debe estar lejos.

Y Willey siguió recorriendo con la vista el templo.

Clotilde y su tierna protectora estaban de rodillas junto a la cruz, sin apartar los ojos de la admirable pintura impresa sobre el tosco ayate del venturoso Juan Diego, y que representa a la excelsa Virgen de Guadalupe.

Detrás de ellas, y en religioso recogimiento, rezaba también don Emilio.

El doctor, que seguía buscando con la vista a la persona de quien poco antes se había ocupado, dejó asomar de repente a su labio la sonrisa del triunfo y del placer, y acercándose al criado le dijo en voz baja:

—Aquél es.

—¿Dónde está?

—Arrimado a la primera columna de la derecha.

—¿Es aquel joven rubio que se lleva el pañuelo a la frente para limpiarse el sudor?

—El mismo: ese es Núñez, al cual es preciso que no le pierdas de vista hasta que entre a la casa que te tengo indicado.

—Descuide usted.

—Respecto a Leopoldo, estoy seguro que ha asistido ya a la reunión.

—Seguramente—dijo Julián, y siguió rezando, pero sin apartar la vista del joven que estaba reclinado en la columna.

El doctor, enajenado con el pensamiento que le ocupaba, y acariciando el placer de la próxima venganza, no se ocupó ya más que de Núñez, del cual no apartaba ni un instante los ojos.

Merced a esta circunstancia pudo salvarse de ser visto otro joven que, de pie, colocado junto a uno de los confesionarios de la izquierda, miraba tiernamente y de hito en hito a la hechicera Clotilde, que seguía orando fervientemente, bien ajena de pensar que era el objeto de la atención de un galante doncel.

Este joven era Leopoldo.

Desde que vió entrar en el templo al sér que diviniza y que forma el bello ideal de su existencia, se sintió clavado en aquel sitio, y sin valor para acudir a otro que le llamaba su palabra comprometida.

Núñez sacó el reloj, hincó una rodilla en tierra y se dispuso a salir.

Willey se acercó a Julián, y pegándole en el hombro le dijo:

—Vamos, que ya se aleja.

Julián se levantó, se santiguó y siguió al doctor, que marchaba a conveniente distancia de Núñez.

Al salir al atrio, el último tomó la izquierda.

Willey, a quien sin duda le llamaban nuevos asuntos a otra parte, se separó de Julián diciendo:

—Síguelo, y cuando haya entrado a la casa consabida, no se te olvide de venir a avisármelo.

—Pierda usted cuidado.

Y mientras el doctor se perdía entre el inmenso gentío que hormigueaba en la plaza, Julián seguía los pasos de Núñez.

Entretanto, Clotilde había acabado de rezar.

Don Emilio se acercó cariñoso a ella, y le ofreció el brazo para que se levantara.

La joven se apoyó en él, y cuando se disponía a salir y enviaba una mirada al templo para observar su adorno, sus ojos se encontraron con los apasionados de Leopoldo, y la hermosa se estremeció de placer y de sorpresa.

Don Emilio se alarmó, atribuyendo a debilidad lo que era efecto de pasión, y acortó el paso.

—¿Te sientes peor, hija mía?—le dijo con acento cariñoso.

—Al contrario: hace tiempo que no me sentía tan bien como en este instante; la Virgen se ha compadecido de mí y me ha enviado un consuelo celestial.

Y la hermosa, al decir esto, volvía a enviar una mirada de angélica ternura al hombre que la embriagaba con otra llena de delicias y de amor.

Era el lenguaje elocuente de dos almas que alientan un mismo pensamiento, una misma esperanza, un mismo deseo.

Leopoldo seguía con la vista al hechicero sér que embellecía su existencia, y que se alejaba tristemente, como sigue el girasol la marcha del astro principal hasta verle hundirse en un lecho de flotantes y nacaradas nubes.

Clotilde, al detenerse a tomar agua bendita, dirigió la última mirada a su apasionado amante, que bebió en ella todas las delicias inefables que reserva el amor a las almas sensitivas.

Don Emilio, más interesado cada vez por la felicidad de su hermosa protegida, no podía arrojar de la memoria el peligro que amenazaba a Leopoldo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por encontrarlo en aquel momento para avisarle del golpe que le amenazaba.

Dominado por esta idea, y dejándose llevar del noble

impulso de su corazón, le dijo a Clotilde, no bien se encontraron fuera del templo:

—¿No has visto a Leopoldo?

La joven creyó que habían sorprendido sus miradas, y palideció.

Pero don Emilio, que nada había visto, y que, preocupado con su idea, no fijó la atención en la palidez de su protegida, agregó:

—Daría cualquier cosa por encontrarlo; así andaría el primer paso en la senda de la justicia para reparar los males que causé a su honrado padre.

—¡Cómo! —exclamó Clotilde gratamente sorprendida—. ¿Era para favorecerlo?

—Sí, hermosa mía; soy depositario de un secreto que le interesa sobremanera.

—¿Y es urgente?

—Urgentísimo.

En el semblante de Clotilde se retrataron el afán y la inquietud.

Anhelaba descubrir el sitio en que se encontraba en aquel instante, pero la contenía el rubor de confesar que lo había visto, cuando con su silencio había pretendido dar a entender poco antes lo contrario.

Pero Inés, que leía lo que pasaba en el corazón de su querida amiga, y que había sorprendido la última mirada que los amantes se dirigieron en el templo, acudió en auxilio de la hermosa, diciendo con acento dulce y con ingenua franqueza:

—Cuando acabamos de rezar y nos disponíamos a salir, lo vi en uno de los lados de la iglesia.

Clotilde comprendió el sentimiento delicado que había dictado aquellas palabras, y le envió una mirada de reconocimiento y de profunda gratitud.

—¿En uno de los lados de la iglesia?—preguntó don Emilio con ansiedad y placer.

—Sin duda.

—¿En cuál?

—En el de la izquierda, junto a un confesonario.

—¿Estás segura de que era él?

—Segurísima.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Ah!, es preciso que lo vea al instante..., ahora mismo.

Y don Emilio violentó un poco más el paso, para llegar cuanto antes a donde les esperaba el coche.

Pronto se acercaron al carruaje, y no bien entraron las

señoras, cuando se despidió, diciéndoles que le esperasen, en tanto que marchaba en busca de Leopoldo.

Inés y Clotilde no sabían qué pensar de aquel interés repentino que se había despertado en Landeta por el hijo de su calumniado amigo.

Cierto es que, desde la noche de los acontecimientos en la capilla, había manifestado vehemente anhelo porque la conducta del padre del joven artista apareciese tan limpia como lo indicaba el manuscrito.

Interesado en la salud de la hermosa Clotilde, y alarmado por el ataque de que la vió acometida y que afectó su naturaleza hasta el grado de temer por su vida, no titubeó en asegurar muchas veces a Clotilde que estaba interesado en unirla al hombre que idolatraba, y que sólo esperaba para verificarlo, la aclaración de la inocencia de Cabrera.

En estas y otras reflexiones favorables estaban ocupadas las dos bellas, cuando se presentó en la portezuela del carruaje un hombre.

Clotilde, al verlo, palideció y dió un grito de sorpresa.

Inés hizo un movimiento de asombro, y estrechó entre sus manos las heladas de su hija.

¿Por qué?

En el capítulo siguiente lo sabrá el lector.

## CAPITULO VIII

### Proposiciones

Hemos dicho que, al alejarse el señor Landeta en busca de Leopoldo, se quedaron esperándolo dentro del coche, Clotilde y la hermosa Inés.

Dijimos también que, cuando estaban entregadas a risueñas reflexiones, sugeridas por la buena disposición que don Emilio manifestaba al joven pintor, se presentó en la portezuela del coche un hombre, que hizo palidecer a Clotilde y estremecer a Inés.

Aquel hombre era Duval, que, habiendo reconocido el carruaje de don Emilio y visto alejarse a éste, trató de tocar un medio que pudiera favorecer sus miras.

—No hay que asustarse —dijo, viendo la sorpresa que había causado su presencia—; con verdadero pesar advierto lo poco lisonjera que les es a ustedes mi visita.

—No debe usted estar muy persuadido de ello, cuando se toma la molestia de hacerla —contestó Inés con entereza—;